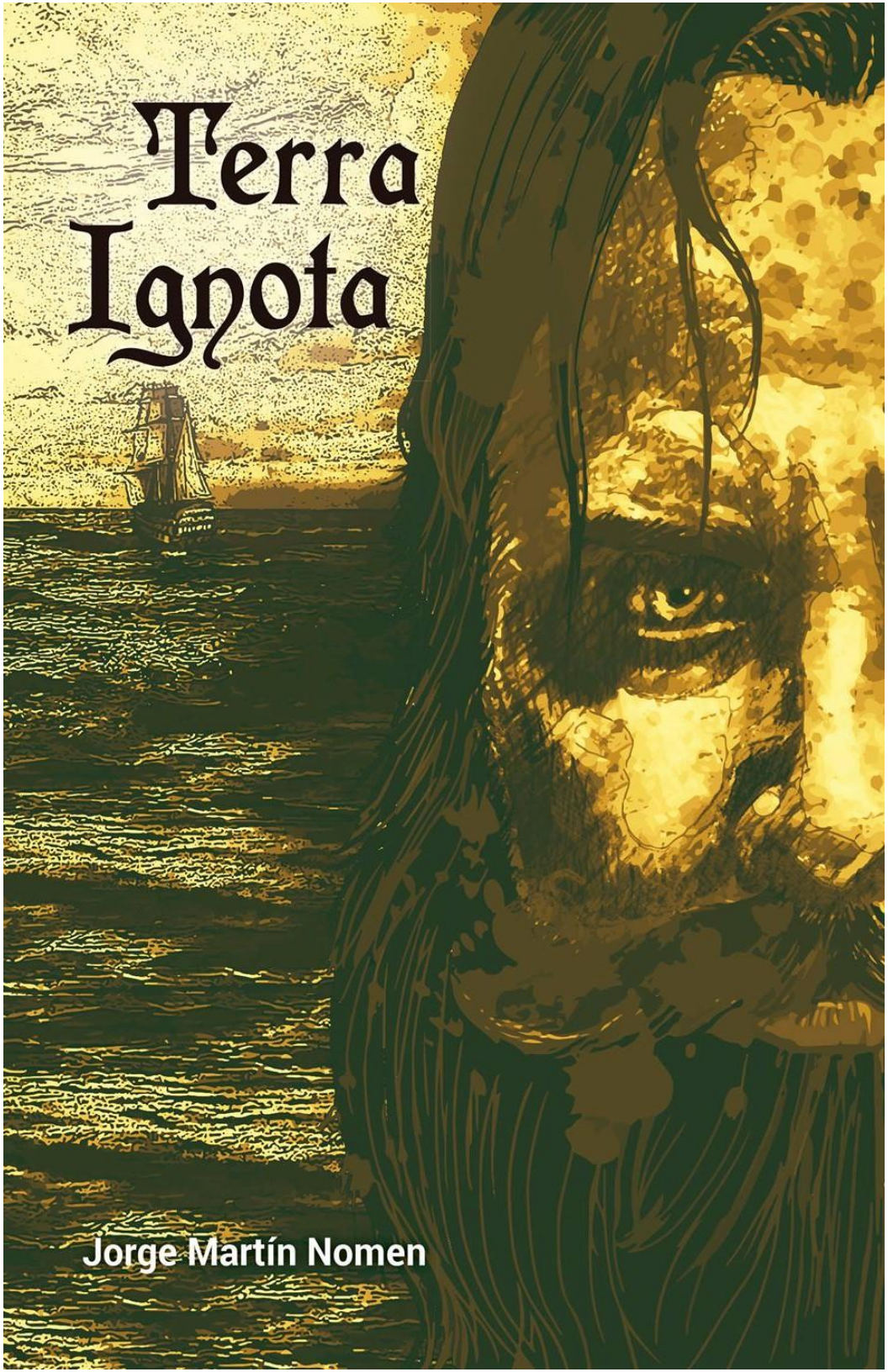


Terra Ignota



Jorge Martín Nomen

© Primera edición, diciembre de 2018

Terra Ignota

© Jorge Martín Nomen, 2018

www.jorgemartinnomen.com

ISBN: 978-84-09-07813-4

Depósito Legal: M-41906-2018

Ilustración: James J. Scott Illustrations

Maquetación: Mariana Eguaras

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal vigente en el estado español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización escrita por parte del autor.

*A los que tienen un propósito y perseveran,
a los que luchan por doblar su voluntad,
a los que creen que lo imposible es sólo
parte de lo desconocido y, muy especialmente,
a los que jamás dejan de soñar.*



• LIBRO PRIMERO •



I



La frialdad de la sólida roca, cual témpano, mantenía la temperatura interior unos cuantos grados por debajo de la que hacía fuera de los muros de la prisión. En la reducida superficie de dos por dos, entre las rejas soldadas y oxidadas, el penetrante olor a excrementos en descomposición, lo que de corrosivo tiene el orín y el oloroso sudor se fundían en un único vaho de peste e inmundicia.

Ni las moscas soportaban tanta hediondez; es más, mucho antes de que los primeros fríos del otoño hicieran su aparición, los insectos ya habían emigrado. Sólo las cucarachas y las ratas eran unas incondicionales de las mazmorras del castillo de Almodóvar del Río.

Pese al frío, las paredes sudaban, humedeciendo la paja que malamente cubría las gélidas losas del suelo. Y de la oscuridad, dueña absoluta de la celda, sólo atinaba a burlarse un tenue filtro de luz, que apenas alcanzaba a escabullirse entre las sombras. Pero había en el interior alguien a quien el prodigio de la luminosidad le extasiaba por momentos. Y sólo por momentos, porque era consciente de su destino.

El cerrojo de la pesada portezuela de hierro forjado de la celda chirrió dos veces y la llave, con sus vueltas, dejó a la vista una andrajosa y pestilente figura que se cubría los ojos con una mano ennegrecida y de mugrosas uñas. Un gemido vino a recordar a toda la galería que su inquilino estaba aún con vida.

—Señor carcelero, decidme ¿en qué fecha estamos? —murmuró la figura con voz trémula, rompiendo el sepulcral silencio que atenazaba este ala del edificio.

—¡Y a vos, qué diantre os importa! —le increpó el hombre con rudeza—. Vais a morir... ¿O es que no lo sabéis? —exclamó sarcástico.

—¡Por favor, os lo ruego, hacedme esa merced...! —insistió el reo.

—Estamos a 11 de febrero del año del Señor de 1502. ¿Contento?

Un murmullo recorrió el angosto pasillo con la noticia. Algunos se lamentaban del paso del tiempo mientras otros, dichosos, se regocijaban al observar que pronto se verían nuevamente libres, aunque el precio de la tan anhelada libertad pasara por la horca o el garrote vil.

—Casado: no tengo todo el día. ¡Poneos en pie! —rugió con impaciencia.

El espectro se recogió con lentitud y, tras una corta vacilación, se llegó hasta donde le aguardaba el carcelero, que le asió del brazo con firmeza. El reo, preso de la congoja y de una honda pesadumbre, echó un último vistazo a la que había sido su morada los últimos nueve años y medio.

Afuera el ruido era ensordecedor. Los carpinteros apuntalaban la plataforma sobre la que se erguía la horca mientras la muchedumbre, ávida de diversión —especialmente en tiempos tan aciagos—, esperaba con impaciencia el momento de ver desfilar a la comitiva que precedía a quienes pasarían por manos del verdugo.



Don Andrés Mendoza, el alcaide, observaba desde detrás de la mesa el inquieto paseo que el desaliñado caballero daba por su estancia. Ataviado con unos calzones remendados y una camisa sin almidonar, el joven meneaba continuamente la cabeza y miraba de soslayo a su interlocutor, sin atreverse a desvelar el motivo que le había llevado hasta allí.

—Pero decidme, caballero, por qué os presentáis tan inquieto a mi presencia... ¿Es que os produzco miedo acaso?

—¡Miedo, jamás! —se revolvió profundamente molesto el hombre—. Don Andrés, no oséis nunca confundir la duda con el miedo, al menos cuando os halléis ante un caballero castellano.

—Comprendido, comprendido —quiso tranquilizarle el alcaide—. ¿Pero es mucho rogar preguntaros al menos por vuestro nombre...?

El joven se detuvo frente a él y, visiblemente alterado, apoyó las palmas de las manos sobre la mesa. Sus revueltos y dorados cabellos se deslizaron sobre la frente cubriéndole parcialmente la cara, pero su interlocutor tenía fija la vista en una de las venas del cuello, que se le había inflamado y amenazaba con reventar.

—Don Andrés, mi nombre no es en realidad relevante, ni de quién soy hijo, ni a quién debo obediencia. Pensad sólo que vengo a rogaros por la vida de Raimundo de Casado, que yace cautivo en esta prisión desde hace casi diez años.

El alcaide, con gesto contrariado, juntó los dedos de las manos a modo de plegaria y se los llevó a la boca en un grave gesto de meditación. El caballero, inclinado sobre la mesa, no se atrevía siquiera a respirar por no provocar una respuesta precipitada.

—¿Por qué me pedís esta merced?

—Eso realmente no debe importaros, señor, más que el hecho de que la súplica es sincera y honrosa.

—Señor mío —suspiró—, bien sabéis que me es imposible acceder a tal petición. Conocéis tan bien como yo las ordenanzas mayores del Reino, y bien podéis imaginar la pena dispuesta para aquellos que osen violarla.

El andrajoso caballero se irguió con firmeza sobre los talones y se llevó rápidamente la mano a la cintura. Asustado, el alcaide se reclinó aún más en su silla, temeroso de verse suplicar por su vida ante el filo de una espada. El joven tiró

de un cordón y depositó una bolsa de cuero bajo las mismas narices de Don Andrés.

—He aquí veinte monedas de oro... Os ruego que las aceptéis en pago por vuestra misericordia —exclamó con fingida emoción.

El alcaide alargó una mano para liberar el interior de la bolsa, y sus ojos brillaron cuando los castellanos rodaron por su escritorio. Tomó un pergamino y, humedeciendo un par de veces la pluma de ganso en el tintero, se apresuró a redactar un breve documento que rubricó con su firma.

Mientras con una mano aplicaba el secante al documento y con la otra recogía las monedas de oro, dejó que sus ojos descansaran sobre la figura del peculiar caballero, sin poder reprimir una avergonzada sonrisa.

—Veo que sois un hombre de mundo, señor mío, que sabéis doblegar la voluntad de las gentes sin causar violencia.

—No estéis tan seguro de ello, Don Andrés, pues estas manos han partido más yelmos y corazas de las que pudierais tan siquiera imaginaros.

Ligeramente sobresaltado, el alcaide tragó saliva y le extendió el pergamino con mano temblorosa.

—Corred ahora, caballero ¡Y apresuraos! Pues el tal Casado debe estar yendo camino de la horca.



La figura, Raimundo de Casado, arrastraba penosamente los pies en dirección al patíbulo bajo una lluvia de desperdicios e insultos que, sin embargo, no le privaban del placer de respirar, después de tanto tiempo, de un poco de aire sin viciar. El griterío de la muchedumbre retumbaba en esos oídos que se habían hartado del eco que producían las goteras en el interior de la celda en los días de lluvia.

El verdugo se ajustó la máscara y ayudó a los alguaciles a subir al reo sobre la plataforma, mientras los soldados tomaban posiciones en su perímetro. Las voces se fueron apagando y el pregonero, que se disponía a dar lectura a la sentencia que iba a ejecutarse, fijó la vista en un hombre que forcejeaba con la guardia mientras agitaba un pergamino con furia.

—¿Se puede saber qué pasa ahí abajo? —gritó enojado el oficial.

—¡No os preocupéis, excelencia, es un borracho! —respondió uno de los soldados.

¡Callad, perro!, gritó aún más fuerte el hombre. ¡Callad si es que no sabéis leer! Y, dirigiéndose en tono desafiante al pregonero, sacudió varias veces el pergamino al grito de ¡Ese hombre es mío! ¡Ese hombre es mío!

II



Las dos tristes figuras recorrieron más de diez leguas sin intercambiar palabra. El caballero, ensimismado en sus pensamientos, y el recién liberado —que en su fuero interno rebosaba de alegría por sentirse libre después de darse por ejecutado—, contemplaba con ferviente admiración todo lo que le rodeaba. Disfrutaba de la apacibilidad de la campiña, de los ruiditos de los animales que la habitaban, de la pureza del aire que aspiraba, de la suerte de movimientos que podía realizar a sus anchas e, incluso, esbozaba una sonrisa cuando el polvo que levantaba la mula en la que cabalgaba le azotaba el rostro.

—¡Oídme, Casado! Comeremos algo ahí mismo.

Así terminaron por entablar conversación. El caballero debió sentir las punzadas (que en el otro eran puñaladas) del hambre y se dignó a poner fin a un absurdo paseo, pues parecían haber